



mostrasen en su tratamiento quiénes eran y qué padres tenían; y desde el primero día que salieron á las escuelas, fueron conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados.

Tendría D. Antonio hasta veinticuatro años, y D. Juan no pasaba de veintiseis; y adornaban esta buena edad con ser muy gentiles hombres, músicos, poetas, diestros y valientes; partes que los hacían amables y bien queridos de cuantos los comunicaban.

Tuvieron luego muchos amigos, así estudiantes españoles, de los muchos que en aquella universidad cursaban, como de los mismos de la ciudad y de los extranjeros.

Mostrábanse con todos liberales y comedidos, y muy ajenos de la arrogancia que dicen que suelen tener los españoles; y como eran mozos y alegres, no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad; y aunque había muchas señoras doncellas y casadas, con gran fama de ser honestas y hermosas, á todas se aventajaba la señora Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que un tiempo fueron señores de Bolonia.

Era Cornelia hermosísima en extremo, y estaba debajo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli, su hermano, honradísimo y valiente caballero, huérfanos de padre y madre; que aunque los dejaron solos, los dejaron ricos, y la riqueza es grande alivio de orfandad.

Era el recato de Cornelia tanto, y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dejaba ver, ni su hermano consentía que la vieses.

Esta fama traía deseosos á D. Juan y á D. Antonio de verla, aunque fuera en la iglesia; pero el trabajo que en ello pusieron en balde, y el deseo, por la imposibilidad cuchillo, de la esperanza, fué menguando; y así, con sólo el amor de sus estudios y el entretenimiento de algunas honestas mocedades, pasaban una vida tan alegre como honrada; pocas veces salían de noche, y si salían, iban juntos y bien armados.

Sucedió, pues, que habiendo de salir una noche, dijo D. Antonio á D. Juan que él se quería quedar á rezar ciertas devociones, que se fuese, que luego le seguiría.

—No hay para qué,—dijo D. Juan,—que yo os aguardaré, y si no saliéremos esta noche, importa poco.

—No, por vida vuestra,—replicó D. Antonio;—salid á coger el aire, que yo seré luego con vos, si es que vais por donde solemos ir.

—Haced vuestro gusto,—dijo don Juan,—quedaos en buen hora, y si saliereis, las mismas estaciones andaré esta noche que las pasadas.

Fuése don Juan, y quedóse don Antonio.

Era la noche entre oscura, y la hora las once; y habiendo andado dos ó tres calles, y viéndose solo, y que no tenía con quién hablar, determinó volverse á su casa, y poniéndolo en efeto, al pasar por una calle que tenía portales sustentados en mármoles, oyó que de una puerta le ceceaban.

La escuridad de la noche, y la que causaban los portales, no le dejaban atinar al ceceo.

Detúvose un poco, estuvo atento, y vió entreabrir una puerta.

Llegóse á ella, y oyó una voz baja, que dijo:

—¿Sois por ventura Fabio?

Don Juan, por sí ó por no, respondió que sí.

—Pues tomad,—respondieron de dentro,—y ponedlo en cobro, y volved luego, que importa.

Alargó la mano don Juan, y topó un bulto, y queriéndole tomar, vió que eran menester las dos manos, y así le hubo de asir con entrambas, y apenas se le dejaron en ellas, cuando le cerraron la puerta, y él se halló cargado en la calle, y sin saber de qué.

Pero casi luego comenzó á llorar una criatura, al parecer recién nacida, á cuyo lloro quedó don Juan confuso y suspenso, sin saber qué hacerse, ni qué corte dar en aquél caso; porque en volver á llamar á la puerta, le pareció que podía correr algun peligro cuya era la criatura, y en dejarla allí, la criatura misma, pues el llevarla á su casa, no tenía en ella quien la remediase, ni él conocía en toda la ciudad persona adonde poder llevarla; pero viendo que le habían dicho que la pusiese en cobro, y que volviese luego, determinó de traerla á su casa, y dejarla en poder de una ama que los servía, y volver luego á ver si era menester su favor en alguna cosa, puesto que bien

habia visto que le habian tenido por otro, y que habia sido error darle á él la criatura.

Finalmente, sin hacer más discursos se vino á casa con ella, á tiempo que ya don Antonio no estaba en ella.

Entróse en un aposento, y llamó al ama, descubrió la criatura, y vió que era la más hermosa que jamas hubiese visto; los paños en que venia envuelta mostraban ser de ricos padres nacida.

Desenvolvióla el ama, y hallaron que era varon.

—Menester es,—dijo don Juan,—dar de mamar á este niño, y ha de ser desta manera: que vos, ama, le habeis de quitar estas ricas mantillas, y ponerle otras más humildes, y sin decir que yo le he traído, le habeis de llevar en casa de una partera, que las tales siempre suelen dar recado y remedio á semejantes necesidades: llevaréis dinero con que la dejeis satisfecha, y daréisle los padres que quisieredes, para encubrir la verdad de haberlo yo traído.

Respondió el ama que así lo haria, y don Juan con la priesa que pudo volvió á ver si le ceceaban otra vez; pero un poco ántes que llegase á la casa adonde le habian llamado, oyó gran ruido de espadas, como de mucha gente que se acuchillaba.

Estuvo atento y no sintió palabra alguna; la herrería era á la sorda, y á la luz de las centellas que las piedras heridas de las espadas levantaban, casi pudo ver que eran muchos los que á uno solo acometian; confirmóse en esta verdad oyendo decir:

—¡Ah traidores, que sois muchos, y yo solo! pero con todo eso, no os ha de valer vuestra superchería.

Oyendo y viendo lo cual don Juan, llevado de su valeroso corazón, en dos brincos se puso á su lado, y metiendo mano á la espada, y á un broquel que llevaba, dijo al que se defendia, en lengua italiana por no ser conocido por español.

—No temais, que socorro os ha venido que no os faltará hasta perder la vida; menead los puños que traidores pueden poco, aunque sean muchos.

A estas razones respondió uno de los contrarios.

—Mientes, que aquí no hay ningun traidor, que el querer cobrar la honra perdida, á toda demasia da licencia.

No habló más palabra, porque no les daba lugar á ello la priesa que se daban á herirse los enemigos, que al parecer de don Juan debian de ser seis.

Apretaron tanto á su compañero, que de dos estocadas que le dieron á un tiempo en los pechos, dieron con él en tierra.

Don Juan creyó que le habian muerto, y con ligereza y valor extraño se puso delante de todos, y los hizo arredrar á fuerza de una lluvia de cuchilladas y estocadas; pero no fuera bastante su diligencia para ofender y defender, si no le ayudara la buena suerte con hacer que los vecinos de la calle sacasen lumbres á las ventanas, y á grandes voces llamasen á la justicia, lo cual visto por los contrarios, dejaron la calle y á espaldas vueltas se ausentaron.

Ya en esto se habia levantado el caído, porque las estocadas hallaron un peto como de diamante en que toparon.

Habiasele caído á don Juan el sombrero en la refriega, y buscándole, halló otro, que se puso acaso, sin mirar si era el suyo ó no.

El caído se llegó á él, y le dijo:

—Señor caballero, quien quiera que seais, yo confieso que os debo la vida que tengo, la cual con lo que valgo y puedo gastaré á vuestro servicio; hacedme merced de decirme quién sois y vuestro nombre, para que yo sepa á quién tengo de mostrarme agradecido.

A lo cual respondió don Juan:

—No quiero ser descortés, ya que soy desinteresado; por hacer, señor, lo que me pedis y por daros gusto, solamente os digo que soy un caballero español, y estudiante en esta ciudad; si el nombre os importara saberlo, os le dijera, mas por si acaso os quisieredes servir de mí en otra cosa, sabed que me llamo don Juan de Gamboa.

—Mucha merced me habeis hecho,—respondió el caído;—pero yo, señor don Juan de Gamboa, no quiero deciros quién soy ni mi nombre, porque he de gustar mucho de que lo sepais de otro que de mí, y yo tendré cuidado de que os hagan sabidor dello.

Habiale preguntado primero don Juan si estaba herido, porque le habia visto dar dos grandes estocadas, y habiale respondido, que un famoso peto que traía puesto, despues de Dios, le habia defendi-

do; pero que con todo esto sus enemigos le acabáran, si él no se hallára á su lado.

En esto vieron venir hácia ellos un bulto de gente, y don Juan dijo:

—Si estos son los enemigos que vuelven, apercebidos, señor, y haced como quien sois.

—A lo que yo creo no son enemigos, sino amigos los que aquí vienen.

Y así fué la verdad, porque los que llegaron, que fueron ocho hombres, rodearon al caído, y hablaron con él pocas palabras, pero tan calladas y secretas, que don Juan no las pudo oír.

Volvió luégo el defendido á don Juan, y díjole:

—A no haber venido estos amigos, en ninguna manera, señor don Juan, os dejára hasta que acabárades de ponerme en salvo; pero ahora os suplico con todo encarecimiento, que os vais, y me dejéis, que me importa.

Hablando esto, se tentó la cabeza, y vió que estaba sin sombrero, y volviéndose á los que habian venido, pidió que le diesen un sombrero, que se le habia caído el suyo.

Apénas lo habia dicho, cuando don Juan le puso el que habia hallado en la calle.

Tentóle el caído, y volviéndosele á don Juan, dijo:

—Este sombrero no es mio: por vida del señor don Juan, que se le lleve por trofeo desta refriega, y guárdele, que creo que es conocido.

Diéronle otro sombrero al defendido, y don Juan, por cumplir lo que le habia pedido, pasando algunos aunque breves comedimientos, le dejó sin saber quién era, y se vino á su casa, sin querer llegar á la puerta donde le habian dado la criatura, por parecerle que todo el barrio estaba despierto y alborotado con la pendencia.

Sucedió pues que volviéndose á su posada, en la mitad del camino encontró con don Antonio de Isunza, su camarada, y conociéndose, dijo don Antonio:

—Volved conmigo, don Juan, hasta aquí arriba, y en el camino os contaré un extraño cuento que me ha sucedido, que no le habréis oído tal en toda vuestra vida.

—Como esos cuentos os podré contar yo,—respondió don Juan;—pero vamos donde quereis, y contadme el vuestro.

Guió don Antonio, y dijo:

—Habeis de saber, que poco más de una hora despues que salisteis de casa, salí á buscaros, y no treinta pasos de aquí ví venir casi á encontrarme un bulto negro de persona, que venia muy aguijando, y llegándose cerca, conocí ser mujer en el hábito largo, la cual con voz interrumpida de sollozos y de suspiros me dijo:

—Por ventura, señor, ¿sois extranjero, ó de la ciudad?

—Extranjero soy, y español,—respondí yo.

Y ella:

—Gracias al cielo, que no quiere que muera sin sacramentos.

—¿Venis herida, señora, repliqué yo, ó traeis algun mal de muerte?

—Podria ser que el que traiga lo fuese, si presto no se me da remedio: por la cortesía que siempre suele reinar en los de vuestra nacion, os suplico, señor español, que me saqueis destas calles, y me lleveis á vuestra posada con la mayor priesa que pudiéredes, que allá si gustáredes dello, sabréis el mal que llevo, y quién soy, aunque sea á costa de mi crédito.

—Oyendo lo cual, pareciéndome que tenia necesidad de lo que pedía, sin replicarla más, la así de la mano, y por calles desusadas la llevé á la posada.

Abrióme Santistéban el paje, hícele que se retirase, y sin que él la viese, la llevé á mi estancia, y ella en entrando, se arrojó encima de mi lecho desmayada.

Lleguéme á ella, y descubríla el rostro, que con el manto traía cubierto, y descubrí en él la mayor belleza que humanos ojos han visto: será á mi parecer de edad de diez y ocho años, ántes ménos que más: quedé suspenso de ver tal extremo de belleza: acudí á echarle un poco de agua en el rostro, con que volvió en sí, suspirando tiernamente; y lo primero que me dijo, fué:

—¿Conoceisme, señor?

—No,—respondí yo,—ni es bien que yo haya tenido ventura de haber conocido tanta hermosura.

—¡Desdichada de aquella,—respondió ella,—á quien se la da el